

LA GRAN MAYORÍA DE LOS NIÑOS apasionados por los atlas nunca ha viajado al extranjero durante su infancia, o al menos ese fue mi caso. Crecí entre las páginas de un atlas y en mi clase había una chica en cuyo pasaporte constaba que había nacido en Helsinki. Esto era inconcebible para mí: H-e-l-s-i-n-k-i. Estas ocho letras significaban para mí la llave hacia un nuevo mundo desconocido. Incluso hoy en día me asombran y extrañan los alemanes nacidos en Nairobi o Los Ángeles, por poner un ejemplo, y no puedo dejar de preguntarles por sus vidas y pedirles que me cuenten sus historias más extrañas, me interesan tanto como si provinieran de la Atlántida, Thule o El Dorado. Sé, por supuesto, que Nairobi y Los Ángeles existen, que son auténticas ciudades que aparecen en los mapas; pero el hecho de que alguien haya estado en esos lugares o incluso haya nacido allí me sigue resultando emocionante.

Probablemente me atraían tanto los atlas porque con sus líneas, colores y nombres reemplazaban los lugares reales que no podía visitar; pero seguí sintiendo esta atracción incluso cuando todo empezaba a cambiar: las fronteras físicas y emocionales de mi país natal desaparecieron de los mapas y podíamos viajar libremente por el mundo.

Antes del cambio ya me había acostumbrado a viajar con el dedo índice sobre un atlas, susurrando nombres de países extranjeros, en la conquista de tierras lejanas desde la sala de estar de mis padres. Mi primer atlas se llamaba *El Atlas para todo el mundo* y, como todos los demás, estaba comprometido con una clara ideología. Mostraba su propia imagen del mundo, con una evidencia incuestionable y a doble página, con el tamaño suficiente para que cada una de las repúblicas alemanas ocupara una página diferente. Entre ellas no había ningún muro, ningún telón de acero, sino solo un pliegue blanco, brillante y cegador que enmarcaba cada página y resultaba totalmente irrebasable.

En los mapas escolares de la Alemania del Este se señalaba el carácter provisional de la República Democrática Alemana con una línea discontinua, que enmarcaba un territorio designado con las misteriosas siglas SBZ [*Sowjetische Besatzungszone*, territorio ocupado por los soviéticos]. Aunque solo me di cuenta de esta diferencia más adelante, cuando tuve que memorizar el nombre de ríos y montañas de mi país natal, que aparecían representados con el doble de su tamaño acostumbrado.

Desde ese momento desconfío de los mapas políticos, donde cada país queda recortado como una silueta de color sobre el mar azul. Estos mapas enseguida se vuelven obsoletos y no dan muchos más datos, aparte de quién gobierna cada mancha de color.

LOS MAPAS resultan mucho más informativos cuando no segmentan la tierra en distintas naciones, sino que superan e ignoran las fronteras creadas por los humanos. En los mapas topográficos las masas de tierra van cambiando sus colores brillantes, sin cortes abruptos, desde el verde oscuro de las planicies, pasando por el marrón rojizo de las montañas y hasta llegar al blanco glacial de las zonas polares; y los mares se extienden por su parte, en todos los tonos posibles de azul, ajenos al curso de la historia.

Por supuesto que estos mapas, con su inclemente generalización, apaciguan el carácter agreste de la naturaleza, por reducir la multiplicidad de la auténtica geografía, reemplazarla con signos convencionales y decidir si unos cuantos árboles constituyen o no un bosque, o si merece la pena señalar un rastro de huellas humanas como un sendero o un camino. De este modo las autopistas en los mapas se extienden con una amplitud contradictoria, una ciudad alemana de un millón de habitantes es representada con el mismo icono que una ciudad china, una bahía ártica brilla con el mismo azul que una pacífica, porque ambas tienen la misma profundidad, y los primeros icebergs que se levantaron sobre el mar permanecen ignorados.

Los mapas son al mismo tiempo abstractos y concretos y, pese a su objetividad, completamente medida y calculada, no pueden mostrar la realidad, sino solo su propia interpretación de la misma, en ocasiones bastante temeraria.

LAS LÍNEAS DE LOS MAPAS demuestran ser auténticas artistas de la transformación; con su fría estructura matemática recortan meridianos y paralelos, sin tener consideración alguna por la diferencia entre tierra y mar; convierten además montañas, valles y fosas marinas en meras líneas de altura; y procuran, con la ayuda de tonos oscuros y sombras, que la Tierra mantenga su corporalidad.

Pero, más allá de esta frialdad, recorrer un mapa con el dedo índice puede ser entendido como un gesto erótico; esto me resultó meridianamente claro cuando en la Biblioteca Estatal de Berlín me encontré por primera vez un atlas en relieve. Era un globo terráqueo con todas sus curvas rugosas, sus alturas y sus profundidades, y, por primera vez, todas sus superficies se hicieron obscenamente tangibles para mí, desde la insondable Fosa de las Marianas hasta las inalcanzables cimas del Himalaya.

Un globo terráqueo representa la Tierra con más fidelidad que una colección de mapas en un atlas y por esto mismo puede despertar el espíritu viajero de los más jóvenes. La forma esférica de la Tierra resulta además tan maravillosa como problemática; su perpetuo movimiento es ilimitado e irrefrenable, no distingue arriba de abajo ni principio de fin, y la mitad de su superficie permanece siempre oculta.

EN CAMBIO, EN LOS ATLAS, la Tierra parece tan plana y alcanzable como la imagen que durante tanto tiempo se tuvo de ella, antes de que los exploradores descubrieran y dieran nombres a todos los espacios en blanco de los mapas y nos salvaran de los inquietantes monstruos marinos y otras aterradoras criaturas que poblaban sus márgenes. Al final aquel ingente continente deseado del Polo Sur del planeta también fue condenado a desaparecer y su nombre se reveló como doblemente falso: *Terra australis incognita*, porque ¿si no se conoce una tierra, cómo puede recibir un nombre?

Pretender hacer visible el mundo entero en una única representación bidimensional presenta problemas, que incluso en nuestros días no han sido solucionados de forma satisfactoria. Todas las representaciones muestran la Tierra distorsionada: o bien las distancias no se ajustan a la realidad, o bien los extremos quedan deformados y no se corresponden con su verdadera extensión. Si se dibuja un mapa que represente adecuadamente los extremos, los continentes no van a estar proporcionados: África, el segundo continente en extensión, va a parecer que tiene el mismo tamaño que Groenlandia, la isla más grande del mundo, que en realidad es catorce veces menor que ese continente. Resulta imposible por lo tanto representar la superficie curva de la Tierra en un único plano que mantenga la misma proporción a lo largo y a lo ancho, en el centro y en los extremos. Todos los mapas establecen un pacto de ficción que convierte la cartografía en un arte que oscila entre la abstracción que anula los detalles y el desdibujamiento estético del mundo. Pero en Occidente se ha tendido a representar el mundo, distribuido de norte a sur y para que pueda ser percibido desde arriba, como lo haría un dios. Esta representación del mundo, hipotéticamente objetiva y sostenida aparentemente en evidencias científicas, reclama su veracidad y su exclusividad. Y no dudamos en denominar «el mapa del mundo» a esta representación, como si solamente pudiera ser así, como si no existiera un sistema solar o un universo más allá de estos límites. ¡Pero por supuesto que debe llamarse «mapa del mundo», no se le va a llamar «invención del mundo»!

HACE UN PAR DE AÑOS, mi profesora de tipografía me enseñó un enorme libro que guardaba en una gran cartoteca. Ya había visto con anterioridad algunos mapas de su colección: álbumes históricos, plagados de historias poéticas, acuarelas del país de Jauja, repletas de salchichas, pasteles y ribetes de colores; también había visto una antigua enciclopedia miscelánea, de formato apaisado y distribuida por entregas: se trataba de un compendio de todo el conocimiento posible, con el título más prometedor que ningún libro pueda tener: *Te lo contaré todo*. El contenido no era para menos: en solo un tomo se podía leer una descripción de

distintas formas de llevar la barba a la moda, justo después de una página entera dedicada a muestras de dentaduras humanas, y la historia de los concilios ecuménicos estaba seguida del listado de los atentados más importantes de la modernidad, insólita combinación que permitía que el ladillo de esa página fuera la maravillosa inscripción: «concilios/atentados».

Pero en el momento en que ella puso ante mis ojos esas láminas sedosas, algo arrugadas y encuadradas en papel de mármol azul, el *Te lo contaré todo* quedó eclipsado. Cada una de las páginas de este atlas, quebradizas y amarillentas, estaba cubierta de innumerables figuras geométricas: cruces y recuadros, simples, dobles o triples; líneas continuas y discontinuas y todo tipo de letras, redondas, cursivas y completamente decoradas; iconos, abreviaturas, flechas y símbolos, todos ellos dibujados con finos trazos de carboncillo y coloreados con acuarela. Cada uno de los protagonistas de este relato cartográfico tenía rasgos propios, que los individualizaban y estaban descritos, uno a uno, en el índice con detalles minuciosos; a pesar de que las líneas blancas y negras creaban amplios márgenes y del tamaño a escala. En algunas ocasiones el trazo de la pluma resultaba algo tosco, pero en otros casos era tan perfecto que no parecía hecho a mano. Como revelaba el título, escrito en versalitas profusamente decoradas, este volumen era el compendio de una serie de ilustraciones topográficas de aprendices de cartografía francesa entre 1887 y 1889.

En el interior de la sobrecubierta descubrí una pequeña hoja de papel suelta. Era el mapa de una isla, que incluía además un trampantojo en la esquina inferior derecha; no tenía escala ni leyenda. En el centro de esta isla muda y anónima se alzaba un gran macizo montañoso, pintado con acuarela marrón, en sus valles había pequeños lagos y los ríos serpenteaban en su travesía hacia el mar, apenas insinuado por el contorno azul que enmarcaba la orilla.

Imaginé que un joven aprendiz de cartografía habría ensayado sus primeros trazos en esta isla, antes de atreverse a dibujar la tierra firme; y de repente me resultó meridianamente claro que las islas no son más que pequeños continentes, y que los continentes, por lo tanto, no son nada más que islas muy muy grandes. Este pedazo de tierra de claros contornos era perfecto, pero al mismo tiempo había sido olvidado completamente, como la hoja suelta en la que fue dibujado; había perdido todos sus vínculos con tierra firme, el resto del mundo simplemente se había esfumado. Nunca he vuelto a ver una isla tan solitaria.

EN REALIDAD, EXISTEN MUCHAS ISLAS que están tan lejos del país al cual pertenecen que ni siquiera aparecen en los mapas nacionales. La gran mayoría es ignorada, pero en ocasiones se les reserva un lugar dentro de un rectángulo en

un lado del mapa: atrapadas en su marco, amalgamadas en una de las esquinas, con su propia escala, pero sin información sobre su ubicación real. Se convierten así en notas al pie de la tierra firme, en un conocimiento docto, incuestionable pero prescindible, que me resulta mucho más interesante que todo el conjunto continental.

Preguntar si una isla, por ejemplo la → **Isla de Pascua (100)**, está lejos, resulta relativo; sus habitantes, los Rapa Nui, llamaron a su hogar Te Pit o Te Henua, que se puede traducir como «el ombligo del mundo». Dada la forma esférica e ilimitada de la Tierra, cualquier lugar puede ser considerado el centro del mundo.

Solo desde tierra firme resulta posible pensar que esta isla, creada por volcanes ahora extintos, se encuentra lejos. Solo desde el punto de vista continental se puede creer que el hecho de que una isla se encuentre a varias semanas de viaje en barco de la tierra más cercana la convierte en un paraíso. Solo para los que viven en el continente todo trozo de tierra rodeado de agua por todos lados resulta el lugar perfecto para proyectar experimentos utópicos y paraísos terrenales: al sur del Atlántico se encuentra → **Tristán de Acuña (48)**, donde en el siglo XIX siete familias vivieron en concordia microcomunista bajo el sistema patriarcal de William Glass. En la otra punta del planeta, en las Galápagos, el doctor Ritter, un dentista berlinés hastiado de la civilización y de las crisis económicas mundiales, fundó → **Floreana (92)** en 1929 y allí renunció a todo lo que consideraba superfluo, vestimenta incluida. Y el norteamericano Robert Dean Frisbie se mudó en los años veinte del pasado siglo a un atolón del Pacífico, → **Pukapuka (88)**, donde, siguiendo un motivo clásico de la literatura de los Mares del Sur, se escandalizó y envidió la liberalidad de costumbres de los isleños. Estas islas parecen encontrarse en su estado primigenio, invariado desde sus inicios, paraísos previos al pecado original, puros, sin sentimiento de pudor ni de culpa.

LA FASCINACIÓN POR LUGARES REMOTOS llevó al marinero californiano George Hugh Banning, a comienzos del siglo XX, a enrolarse como grumete para navegar por el Pacífico, empujado por el inconfesable deseo de que su barco naufragara; no le importaba dónde sucediera el naufragio, *mientras fuera lejos, en un lugar dejado de la mano de Dios, rodeado de agua por todas partes*. En principio tuvo mala suerte y escribió desilusionado: *Solo hacemos escalas en islas «tan interesantes» como Oahu y Tahití, donde envoltorios de chicles y el acento americano resultan casi tan frecuentes como las cáscaras de plátano en el suelo y el susurro del viento entre los palmerales*. Más tarde tuvo buena suerte por fin y se enroló en una expedición por aguas mexicanas en uno de los primeros yates de diésel propulsados por electricidad. En este viaje llegó a → **Socorro (110)**, de Baja California, donde

tuvo la certeza de que no recibiría muchas visitas, ya que no había absolutamente nada allí, como todos le dijeron cuando insistió en quedarse. Cuando le preguntaron por su fecha estimada de regreso, para ir a por él y devolverlo a tierra firme, respondió: *Nunca, nunca, y esto es lo bello.*

Otras expediciones atraídas por la belleza de la nada fueron las que trataron de navegar por los hielos eternos (→ **Isla Rodolfo, (30)**), para estudiar la rotunda nada de los puntos polares. Aunque en realidad, en estos viajes al Polo Norte, las distintas naciones descubrieron un nuevo mundo, rico en vegetación y nuevas materias primas, que motivó muchos enfrentamientos. La atracción por la nada condujo a los más aventureros a una isla en la Antártida en la que nunca había logrado desembarcar nadie (→ **Pedro I, (132)**). Otro reto inalcanzable, ofensa para el orgullo de los hombres, quienes querían dejar su huella ahí y al mismo tiempo asegurarse un lugar destacado en los anaqueles de la historia universal. Tres expediciones enteras fueron vencidas por esta isla completamente congelada; la primera que logró desembarcar allí lo hizo en 1929, ciento ocho años después de su descubrimiento, y hasta los años noventa más hombres han pisado la Luna que esta isla.

MUCHAS ISLAS REMOTAS son doblemente inalcanzables: la travesía para llegar hasta ellas es larga y complicada, en ocasiones resulta imposible desembarcar en sus costas, otras veces esto se logra con peligro mortal; pero incluso cuando se consigue llegar a tierra sin perder la vida, la isla, durante tanto tiempo perseguida, suele estar desierta y no ofrece nada de interés, como era de esperar. Los cuadernos de bitácora de distintas expediciones corroboran esto: el teniente Charles Wilkes anotó que → **La Isla Macquarie (78)** *no ofrece interés para los visitantes.* Y el capitán James Douglas describió así este mismo lugar: *Esta isla es el lugar más miserable que nadie haya podido imaginar para el exilio de unos esclavos cautivos.* Anatole Bouquet de la Grye fue conciso al describir su primera impresión de la → **Isla Campbell (96)**: *triste.* Y George Hugh Banning, el ya mencionado amante de las islas solitarias, se refirió a → **Socorro (110)** de esta manera: *Ante todo resulta desoladora, tanto que me recuerda a un cúmulo de paja quemado, medio apagado por la lluvia, cuyas llamas carecen de la fuerza para volver a arder y se extingue en silencio sobre un charco de agua mortecino.*

LA MAYOR PARTE DE ESTOS VIAJES de aventuras está condenada al fracaso de antemano; un esfuerzo excesivo, y en ocasiones hasta disparatado, puede obtener como resultado la más mísera de las nadas. Por ejemplo la Académie Française des Sciences envió dos expediciones muy costosas al lado opuesto

del mundo, la → **Isla Campbell (96)**, en 1874, para observar el tránsito de Venus, el acontecimiento astronómico del siglo, que acabó cubierto por enormes nubarrones.

Para distraer la atención de fracasos como este, los científicos dedican mucho tiempo a medir cada rincón de cada isla o a buscar ejemplares de las especies locales, cuyo listado, inventariado en largas tablas, aumenta con creces los apéndices de los cuadernos de navegación y justifica parte de los gastos. Cada isla supone un motivo de regocijo para los investigadores, es un laboratorio natural concentrado, donde no resulta necesario delimitar con grandes esfuerzos el objeto de estudio; la totalidad investigada permanece accesible, calculable y completamente alcanzable, apenas a unos kilómetros a la redonda y limitada por el mar, hasta que la flora y fauna locales son arrasadas por las especies invasivas o los habitantes se contagian de las enfermedades de los exploradores, desconocidas hasta el momento.

NO RESULTA EXTRAÑO QUE ALGUNOS VIAJEROS que llegan a una isla sientan una enorme angustia y, ante las evidentes limitaciones de estos lugares, se obsesionen con la terrible posibilidad de quedar sitiados en ellas para siempre y tener que permanecer hasta el final de sus días en ese solitario espacio, sin nada más que hacer que enfrentarse a su propia existencia.

En este sentido, las rocas negras de → **Santa Helena (42)** se convirtieron en el lugar de exilio y muerte de Napoleón, y la verde y fértil → **Isla de Norfolk (86)** dejó de ser un paraíso exuberante para convertirse en la colonia penitenciaria más temida de todo el Imperio Británico. Y los esclavos supervivientes del naufragio del *Utile* se sintieron libres en la diminuta isla → **Tromelin (66)**, pero esta hipotética libertad recuperada, que no llegaba a medir un kilómetro cuadrado, rápidamente se convirtió en una lucha descarnada por la vida.

Las islas lejanas son por naturaleza una cárcel perfecta, circundada por el muro monótono e irrebalsable del mar, tenazmente presente. Resultan especialmente convenientes para este fin las islas que se encuentran más apartadas de las rutas comerciales que unen, como si fuera un cordón umbilical, a las colonias de ultramar con tierra firme. En sus tierras se puede abandonar y olvidar todo lo que resulta poco deseable, repulsivo y odioso para la civilización. En este confinamiento, terribles enfermedades pueden expandirse sin obstáculos, como las misteriosas muertes de niños en → **Santa Kilda (34)**, y extrañas costumbres pueden imperar, como las prácticas deleznable, pero aparentemente necesarias, de infanticidio que se dan en → **Tikopia (116)**. Crímenes horribles como violaciones (→ **Cliperton, (106)**), asesinatos (→ **Floreana, (92)**) y canibalismo (→ **San Pablo, (54)**)

parecen ser prácticamente inevitables en el estado de excepción que crean las islas. E incluso en nuestros días, existen territorios gobernados por leyes que causan repulsa a nuestro sentido del derecho, como puede verse con claridad en el escándalo sexual sucedido en → [Pitcairn \(102\)](#), donde sigue viviendo la pequeña comunidad de descendientes de los amotinados del *Bounty*: en 2004 la mitad de varones residentes en la isla fue acusada de haber violado regularmente a mujeres y niños durante décadas. Los acusados adujeron en su defensa que sus costumbres centenarias estaban permitidas por derecho consuetudinario, ya que sus antepasados ya habían realizado prácticas de ese tipo con tahitianas menores de edad. El paraíso puede ser una isla, pero el infierno también lo es.

LA VIDA EN ESTOS PEQUEÑOS LUGARES solo es pacífica en contadas ocasiones, ya que la dictadura de un tirano solitario que impone un régimen de terror resulta más frecuente en las islas que la utopía de una comunidad completamente igualitaria. En principio, las islas fueron entendidas como colonias naturales, que estaban ahí, esperando ser conquistadas; por motivos como este fue posible que un farero mexicano se coronara a sí mismo rey de → [Clipperton \(106\)](#) y una tímida austriaca fuera proclamada emperatriz de las Galápagos en → [Floreana \(92\)](#).

Estos pequeños continentes constituyen mundos en miniatura donde, por encontrarse tan lejos y apartados del dominio público, resulta posible vulnerar los derechos humanos (→ [Diego García, \(60\)](#)), hacer explotar bombas nucleares (→ [Fangataufa, \(80\)](#)) o permitir catástrofes ecológicas, sin hacer nada por remediarlas (→ [Isla de Pascua, \(100\)](#)).

En los confines de este mundo ilimitado ya no quedan jardines del edén; por el contrario, los hombres, que cada vez se expanden más por el mundo, se han convertido en aquellos monstruos que sus antepasados, los aventureros y descubridores, trataban de eliminar de los mapas.

NO OBSTANTE, LOS SUCESOS MÁS TERRIBLES siguen siendo los que poseen más potencial literario, y las islas suponen un emplazamiento perfecto para su desarrollo. Mientras el carácter absurdo de la realidad se diluye y relativiza en la inmensidad de tierra firme, en las islas se concentra y se vuelve prácticamente incuestionable: una isla es un espacio teatral, todo lo que sucede en ellas está prácticamente condenado a convertirse en leyenda, en tragicomedias de tierras remotas o en motivo de inspiración literaria. Estos relatos constituyen un género único porque verdad y mito no pueden separarse ya: la realidad se ficcionaliza y la ficción se torna real.

ANTIGUAMENTE LOS NAVEGANTES eran alabados por sus descubrimientos y entendidos casi como poderosos creadores; los trataban no solo como si hubiesen descubierto nuevos mundos, sino como si ellos mismos los hubiesen forjado. Los nombres desempeñan un papel muy importante en este momento creativo, parece como si al nombrar un lugar se le dotara de existencia. Por medio del bautizo, se sella un vínculo inseparable entre descubridor y tierra descubierta, y estas islas, supuestamente sin dueños, pasan a pertenecer de modo legítimo a aquellos que las avistan desde lejos, les dan nombre o habitan en ellas durante una temporada.

La expresión *Scribere necesse est, vivere non est* se aplica a todos estos casos: parece que solo haya sucedido realmente lo que es nombrado y queda por escrito. Además, quien clava la bandera nacional en el suelo de una tierra nueva se asegura de que su nación pasa a dominar ese territorio con todas las de la ley; poco después los investigadores calculan y apuntan las coordenadas de la isla, cartografían la tierra y nombran los accidentes geográficos con nombres de su lengua natal. El hecho de que Noruega haya sido el único país en elaborar un mapa actualizado de la isla → **Pedro I (132)** le concede tácitamente la posesión de esta isla, aunque según el Tratado Antártico ningún país puede reivindicar derechos de propiedad sobre este continente. Los cartógrafos siguen a los descubridores y, al dar nombres nuevos, estas tierras parecen nacer por segunda vez. Cada territorio recién descubierto recibe al mismo tiempo nombre y un nuevo dueño; y cada acto de conquista se vuelve a repetir cuando se dibuja su mapa. Solo cuando un territorio es minuciosamente estudiado, catalogado y medido, puede considerarse que existe en realidad; por todo ello, cabe considerar que todos los mapas son el resultado y la práctica de la violencia colonial.

LA REALIDAD FÍSICA DE CADA ISLA converge en ocasiones con el mapa que la representa, y entonces ya no resulta posible separarlos, como le sucedió a August Gissler, quien se dejó arrastrar por distintos mapas del tesoro y excavó durante años la superficie completa de la → **Isla de los Cocos (120)** a finales del siglo XIX en la búsqueda de oro. Las promesas que le hacían los mapas resultaron al final más valiosas y reales que los tesoros que nunca encontró. Otro mapa inspiró la novela de Robert Louis Stevenson, quien sostuvo: *La forma de la isla hizo volar mi imaginación de manera extraordinaria. Tenía puertos que me hechizaron con sus sortilegios y, casi con la consciencia de estar predestinado para esta tarea, decidí nombrar a mi creación La Isla del Tesoro.*

Este título no solo se ha convertido en el representante por antonomasia de todo un género literario, sino que acabó integrándose en los atlas reales, ya que

en 1970 se cambió el nombre a una isla del archipiélago chileno Juan Fernández, solo para atraer turistas. En ella, antiguamente llamada Isla Más a Tierra, Alexander Selkirk protagonizó su propia robinsonada *avant la lettre*, pero hoy en día esta isla no lleva el nombre de este aventurero, sino el de su encarnación literaria: → **Robinsón Crusoe (74)**; y para complicar más el asunto, a ciento sesenta kilómetros al este, se encuentra la isla Alejandro Selkirk, aunque este nunca pusiera un pie ahí.

Aunque en los mapas no se le dé importancia al horizonte, en realidad este tiene un inmenso poder sobre las islas, ya que día a día, con su agónica monotonía, corta el campo visual que se puede observar desde tierra y abre la posibilidad de que quizás, en cualquier momento, como un inesperado *deus ex machina*, emerja un barco, repleto de víveres o de promesas de regreso, apenas perfilado en la línea distante y azul del horizonte.

Por otro lado, los descubridores se vengán de los territorios que no cumplieron sus expectativas por medio de los nuevos nombres que dan a esas tierras; así Fernando de Magallanes en 1521 y John Byron en 1765 llamaron respectivamente Islas de la Decepción a unos pequeños atolones de las Tuamotu. El primero por no haber encontrado en esa tierra baldía ni una sola gota del agua potable que tanto necesitaban, ni absolutamente nada para comer; el segundo porque los pocos habitantes de la isla, hoy desierta, fueron inexplicablemente hostiles con los recién llegados. Muchos nombres proceden de narraciones míticas o fabulosas, por ejemplo en → **Posesión (58)** fluye el río Estigia y la capital de → **Tristán de Acuña (48)** se llama Edimburgo de los Siete Mares, aunque los que viven allí la llaman simplemente «el asentamiento»: ¿acaso podría llamarse de otro modo el único espacio habitado que hay en un radio de 2.400 kilómetros a la redonda?

Las denominaciones geográficas reflejan los sentimientos de sus habitantes y también los de los que, habiendo nacido en otro sitio, vivieron allí mucho tiempo; en este atlas he utilizado sobre todo los nombres creados por este segundo grupo, por aquellos que se vieron obligados a vivir largas temporadas en islas muy lejanas; por ejemplo los trabajadores destinados en → **Ámsterdam (62)** llamaron «virgen» a uno de los cabos de esta isla, «pechos» a dos de sus volcanes y otro cráter fue oficialmente bautizado como «Venus». Toda la orografía de esta isla se ha convertido en un póster erótico, en un sustituto de las mujeres que nunca fueron allí. Esta isla supone al mismo tiempo un lugar real y su reflejo metafórico.

LOS CARTÓGRAFOS deberían reivindicar su oficio como un verdadero arte poético y los atlas como un género literario de belleza máxima; en definitiva, su arte es

digno merecedor de la primera denominación que recibieron los mapas: *Theatrum orbis terrarum* [Teatro del mundo].

Los mapas pueden o bien despertar ansias por viajar y conocer países nuevos, o bien apaciguar este deseo, especialmente cuando la satisfactoria experiencia estética de recorrer un mapa con ojos y dedos logra reemplazar el viaje real. Pero consultar un atlas supone mucho más que cualquier viaje: todo el que abre sus páginas no se contenta solo con observar lugares exóticos y aislados, sino que desea traer el mundo entero ante sí, de una vez y sin limitaciones. El anhelo por viajar prevalecerá sobre los atlas y siempre será mayor que la satisfacción alcanzada al cumplir el objetivo deseado. Desearía que cualquier atlas fuera más valorado, hoy y siempre, que la guía de viajes más completa.

JUDITH SCHALANSKY